

CAPÍTULO VIII

Que el director de almas no ha de proponerse en sus obras agradar a los hombres, si bien ha de empeñarse en que lo que hace pueda agradarles.

Es, además, necesario que el pastor esté muy sobre sí para no dejarse llevar por el deseo de agradar a los hombres; que ni cuando se consagra a la vida interior, ni cuando provee a los negocios exteriores, pretenda que los fieles le amen a él más que a Jesucristo, que es la Verdad.

No sea que, mientras lo creen todos apartado del mundo y firme en el bien, su amor propio lo tenga apartado de Dios. Pues se convierte en rival de nuestro Redentor Jesucristo aquel que, por medio de las buenas obras que hace, aspira a usurpar el amor que la congregación de los fieles sólo a Él le debe.

Se hace reo de pensamientos adúlteros el criado que, encargado por el esposo de presentar sus dones a la esposa, se propone conquistar las buenas gracias de ésta. Y este mismo amor propio, cuando se apodera del alma de los prelados, unas veces los arrastra a ser excesivamente complacientes, y otras, a ser ásperos e intolerables.

Truécase a veces el amor propio en complacientes blanduras, cuando al notar las faltas de sus súbditos, no se atreven los prelados a reprimirlos por temor de malquistarse con ellos: y llega en ocasiones a alentar con sus halagos los extravíos de los fieles a quienes debiera reprimir. Y bien dice el Profeta a este propósito: «*¡Ay de aquellos que ponen almohadillas bajo todos los codos y hacen cabezales para poner bajo la cabeza de los de toda edad, a fin de hacer presa en las almas!*» (Ez 13,18).

Poner almohadillas bajo los codos es alentar con vanos halagos a las almas que van desviándose del camino del bien y que se abandonan a los deleites de este mundo. Lo que es para el codo la almohadilla, lo que es para la cabeza del que está acostado el cabezal, eso es para el pecador el rigor de la corrección que se le ahorra, las muestras de ternura que se le dan, para que duerma tranquilo en sus vicios y ninguna contradicción o sacudida brusca lo despierte.

Los superiores que están cegados del amor propio, usan precisamente estas muestras de tolerancia con aquellos de quienes temen puedan menoscabar su propia gloria temporal tan ambicionada.

Por el contrario, a aquellos de cuya influencia nada tienen que temer, los abruma continuamente bajo el peso de sus ásperas reprensiones; no los amonestan con dulzura, sino que más bien, olvidándose de la mansedumbre de pastores, los atemorizan con la dureza de amos. A estos tales condena la sentencia divina por boca del Profeta: «*Vosotros dominabais sobre las ovejas con aspereza y con prepotencia*» (Ez 34,4).

Como se aman a sí mismos más que a Dios, se muestran arrogantes en presencia de sus súbditos: se fijan no en lo que debieran hacer, sino en lo que pueden hacer: no piensan en la terrible cuenta que han de dar, sino sólo en vivir neciamente deslumbrados por la gloria terrenal: gustan de hacer como cosa corriente, hasta lo que es ilícito sin que ninguno de sus fieles se atreva a contradecirlos.

Los que, tratando de obrar mal, pretenden al mismo tiempo que los demás guarden silencio acerca de sus obras, ellos mismos proporcionan las pruebas de que quieren ser más amados que la verdad, en cuya defensa no permiten que salga nadie con desdoro de ellos.

Pues, no habiendo nadie en el mundo en cuya vida no haya defectos, aquel que quiera que todos amen a la verdad más que a él, no consiente que nadie le trate a él con más respetos y miramientos que a la verdad. Por eso el Apóstol San Pedro recibió gustoso la reprensión de San Pablo; por eso David aceptó humildemente las acusaciones del Profeta Natán, su súbdito; pues los superiores rectos, que no aspiran a conquistar simpatías particulares, consideran como una muestra de humildad por parte de sus súbditos, la expresión de la verdad libre y franca.

A pesar de esto, es preciso templar con un arte tan lleno de prudencia la autoridad y la vigilancia, que los súbditos puedan manifestar libremente de palabra las justas razones que puedan tener, pero de tal suerte que esta misma libertad no degenera en descaro, no sea que al concedérseles una excesiva libertad de expresarse, lleguen a olvidar en su conducta la humildad de su condición.

Han de saber, además, los buenos superiores que es conveniente que procuren agradar a los hombres, pero con el fin de atraer al prójimo al amor de la verdad y del bien, por medio del cebo de su propia estimación; no que deseen ser estimados, sino haciendo de esta estimación un medio, un camino por el cual guiar a las almas al amor del Supremo Hacedor.

Es difícil que a un predicador, por más que enseñe cosas buenas, le oigan gustosos, si no le aprecian. Debe, pues, el pastor hacerse amar para hacerse escuchar pero no buscando el amor para sí mismo, pues en ese caso parecería en sus íntimos sentimientos como usurpador de la gloria de Aquél a quien por deber aparenta servir. Y esto mismo nos enseña San Pablo cuando nos muestra sus ocultas intenciones, diciendo: «*Al modo que yo también en todo procuro complacer a todos*» (1 Co 10, 33). Y sin embargo, añade en otro lugar: «*Si todavía siguiese complaciendo a los hombres, no sería yo siervo de Cristo*» (Ga 1, 10). Así, pues, San Pablo trata de agradar y no trata de agradar a los hombres; pues en aquello mismo en que procura agradar, no se busca a sí mismo, sino sólo anhela que, por medio de él, el bien y la verdad resulten agradables a los hombres.

CAPÍTULO IX

Que ha de tener muy en cuenta el superior que a veces los vicios adoptan apariencias de virtudes.

Pero tengan muy en cuenta los superiores que los vicios suelen aparentar virtudes. Así no es raro que la avaricia se encubra bajo el manto de la economía, y por el contrario, el derroche se oculte bajo apariencias de generosidad; se cree a veces ser benignidad lo que es relajación, y se toma por virtud de celo lo que es desenfrenada iracundia: suele llamarse presteza y diligencia en el obrar, la precipitación atropellada; y la lentitud en los deberes es tomada por prudencia y gravedad.

De aquí la necesidad de que el director de almas sepa discernir con tino las virtudes de los defectos, con el fin de que no se gloríe alguien de ser parco en sus gastos, cuando lo domina la avaricia; o se jacte de dadivoso y compasivo, cuando derrocha a manos llenas; o tolerando lo que debía corregir, empuje a los fieles a las penas eternas; o corrigiendo sin piedad a los pecadores, caiga él mismo en más graves pecados; o malogre con su precipitada conducta lo que debió hacerse con madurez y gravedad; o bien, dejando para más tarde el cumplimiento de una buena obra, venga a resultar después una obra mala.

CAPÍTULO X

Que ha de tener el superior discreción para reprender y para perdonar; para el celo y para la mansedumbre.

Será prudente, a veces, dispensar los defectos de los subalternos, dándoles a entender que se les dispensan; otras veces, tolerar las faltas notorias, y otras, indagar con precaución los pecados ocultos; a veces, reprocharlos con suavidad, y a veces, increparlos con dureza.

Hemos dicho que algunos defectos han de dispensarse con prudencia, pero dando a entender que se dispensan y esto, con el fin de que el culpable vuelva sobre sí, y, al notar que lo han sorprendido en su falta y ver que sin embargo le toleran en silencio sus defectos, se arrepienta de sus culpas y castigue en sí mismo lo que la paciencia del superior sabe excusarle bondadosamente.

Y Dios Nuestro Señor usando de esta misma indulgencia, reprende al pueblo judío, cuando dice por boca del Profeta: *"Has faltado a tu palabra, ni te has acordado de mí, ni has reflexionado en tu corazón, porque yo callaba y hacía el desentendido"* (Is 57, 11).

Dispensaba Dios sus culpas y al mismo tiempo se las advertía; guardaba silencio en presencia del pecado y le hacía saber al propio tiempo que había callado. A menudo habrá que tolerar hasta los pecados notorios, cuando la ocasión no sea propicia para reprenderlos abiertamente: pues si se saja una llaga fuera de sazón, se hará más profunda la herida aún más, y si la medicina se aplica a destiempo, es claro que perderá la virtud de sanar. Mientras que busca el superior una oportunidad para aplicar la corrección, habrá de ejercer su paciencia como abrumada por el peso de las culpas de los fieles, como lo expresa el Profeta cuando dice: *"Sobre mis espaldas han descargado sus golpes los pecadores"* (Sal 128, 3).

Sobre las espaldas se llevan las cargas, y, al quejarse de que sobre sus espaldas han descargado sus golpes los pecadores es como si dijera el Señor: "Soporto como un peso redoblado a aquellos a quienes no me es dado corregir".

Otras veces habrán de indagarse con prudencia los pecados ocultos, de manera que, por ciertos indicios exteriores, llegue a conocer el superior lo que está oculto en el alma de sus súbditos; y en el curso de una apropiada corrección, consiga descubrir los grandes pecados por medio de los pequeños defectos. Y así mandó el Señor a Ezequiel: "*Hijo del hombre, horada la pared*"; y añade enseguida el mismo profeta: "*Y apenas hube horado la pared, apareció una puerta. Díjome entonces el Señor: «Entra y observa las pésimas abominaciones que cometen éstos aquí». Y habiendo entrado, miré y he aquí figuras de toda especie de reptiles y de animales, y la abominación de la familia de Israel, y todos sus ídolos estaban pintados en la pared*" (Ez 8,8 sg).

La persona de Ezequiel representa aquí a los prelados, y la pared, la dureza del corazón de los súbditos. Y ¿qué otra cosa viene a significar horadar la pared, sino penetrar la dureza del corazón de los fieles con atinadas indagaciones? Horadada la pared, apareció una puerta; así también, cuando se consigue quebrantar la dureza de los corazones con acertadas preguntas o con prudentes amonestaciones, es como si se abriera una puerta, a través de la cual se divisarán los más íntimos pensamientos de aquél a quien se desea corregir. Por lo cual, añade la Escritura: "*Entra y observa las pésimas abominaciones que cometen éstos aquí*".

Y en cierto modo entra para contemplar las abominaciones, el superior que penetra en el corazón de los súbditos por ciertos indicios que asoman por de fuera, para conocer los malos pensamientos que anidan en él. Y añade la Escritura: "*Y habiendo entrado, miré y vi toda clase de reptiles y de animales*". Por los reptiles, se entienden los pensamientos completamente terrenales y rastreros; por los animales, los pensamientos algún tanto más elevados, pero apegados aun a los halagos y galardones de la tierra:

Pues mientras los reptiles viven pegados a la tierra con todo su cuerpo, los demás animales tienen la mayor parte del cuerpo levantado de ella, si bien por sus apetitos de gula miran siempre al suelo. Están los reptiles dentro de la pared, cuando los pensamientos que se agitan en la mente no alcanzan a elevarse nunca por sobre los apetitos terrenales.

Están los animales dentro de la pared, cuando los pensamientos que se tienen, aunque algunos sean justos y honrados, se hallan supeditados todavía a los intereses y honores temporales, y si bien se levantan algo por encima de la tierra, sin embargo rastrean aun a causa de sus bajas ambiciones, como los animales por el apetito de la gula. Y añade la Escritura: "*Y todos los ídolos de Israel estaban pintados en la pared*". Lo cual está de acuerdo con aquel otro pasaje que dice: "*Y la avaricia que es la servidumbre de los ídolos*" (Col 3,5). Y no sin razón se colocan los ídolos después de los animales; pues si bien hay quienes, por ciertas honradas acciones, se elevan algún tanto de la tierra, sin embargo sus torpes ambiciones los arrastran hacia el suelo.

Bien dice la Escritura que estaban pintados, pues la apariencia de las cosas ex

exteriores cautiva el corazón, y en cierto modo quedan retratadas en él todas aquellas engañosas imágenes en que deliberadamente sueña. Es de notar que el Profeta, primero vio la abertura en la pared, y después la puerta, y por fin quedó de manifiesto la abominación. Del mismo modo, primero se notan por de fuera los indicios del pecado, después aparece la puerta de la iniquidad manifiesta, y por último sale a la luz toda la maldad que se ocultaba por dentro.

Otros defectos han de corregirse con blandura, pues cuando el culpable cae en falta, no por malicia, sino sólo por debilidad o ignorancia, ha de templarse la corrección del pecado con una gran moderación. Pues mientras vivamos en esta carne mortal, todos estamos sujetos a las flaquezas de nuestra corrompida naturaleza.

Cada cual puede aprender en sí mismo la misericordia que debe usar con las flaquezas ajenas, y no olvidarse de lo que él es cuando levanta el grito de reproche contra las debilidades del prójimo. Con razón nos advierte San Pablo: *«Hermanos míos, si alguno, como hombre que es, cayere en algún delito, vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre, haciendo cada uno reflexión sobre sí mismo y temiendo caer también en la tentación»* (Ga 6, 1). Que es como si dijera: *«cuando ves algo que te desagrade en los defectos ajenos, considera lo que eres tú, y el temor de caer en las mismas faltas que reprochas, modere tu espíritu de celo en reprensión»*.

Hay, por el contrario, pecados que han de reprenderse con severidad, pues si el culpable no llega a conocer el alcance de su propia culpa, sepa su gravedad por boca del que lo corrige; o si el que cometió el mal trata de excusarlo, conciba horror hacia él, a lo menos por la severidad de la reprensión.

Deber del pastor es enseñar por medio de la predicación el camino de la gloriosa patria del cielo; descubrir los lazos ocultos tendidos en el camino de esta vida por el antiguo enemigo; y reprender con la mayor severidad y celo aquellos pecados de los fieles, que no deben tolerarse con falsa indulgencia, pues si el superior no es bastante celoso en la corrección de las culpas, pudiera con razón considerársele como cómplice de ellas.

Por lo cual dio el Señor a Ezequiel la siguiente orden: *“Toma un ladrillo, y pónelo delante, y dibujarás en él la ciudad de Jerusalén”. Y en seguida añade: “Y delinearás con orden un asedio contra ella, y levantarás fortificaciones y harás trincheras, y sentarás un campamento contra ella, y colocarás arietes alrededor de sus muros”. Y para defensa del Profeta, le dice el Señor a continuación: “Toma luego una sartén o plancha de hierro y la pondrás cual si fuera una muralla entre ti y la ciudad delineada”* (Ez 4, 12).

Al mandarle el Señor que tome un ladrillo, se lo ponga delante y dibuje en él la ciudad de Jerusalén, ¿qué puede significar el Profeta Ezequiel sino a los directores y maestros de las almas? Pues el tomar ellos un ladrillo es el recibir a su cargo el corazón terrenal de sus oyentes para instruirlo; y se lo ponen delante, para guardarlo con toda la solicitud de que son capaces. Se les manda que dibujen en él la ciudad de Jerusalén,

porque cuando predicán, no hacen otra cosa que describir y trazar en los corazones terrenales de los fieles la visión de la paz celestial (Jerusalén: visión de paz).

Pero como sería inútil conocer el esplendor de la patria eterna, sino descubrieran también cuántos son los lazos que les tiende el astuto enemigo de las almas, añade muy bien la Escritura: "*Y delinearás con orden un asedio contra ella, y levantarás fortificaciones*". Los predicadores de la divina palabra ordenan el asedio alrededor del ladrillo en que está dibujada la ciudad de Jerusalén, cuando enseñan a las almas, peregrinas en la tierra que anhelan la patria del cielo, cuán numerosas son las tentaciones con que el pecado las asedia en el transcurso de esta vida.

Por el hecho de demostrar cómo cada uno de los pecados pone asechanzas a los que van adelantando en la virtud, en cierto modo el predicador ordena el asedio alrededor de la ciudad de Jerusalén. Y como no basta conocer los asaltos del mal, sino que es necesario saber cómo hemos de armarnos y robustecernos con la práctica de la virtud, añade la Escritura: "*Y levantarás fortificaciones*".

El predicador de la divina palabra levanta fortificaciones cuando enseña qué virtudes hay que emplear para resistir a determinados vicios. Y como los asaltos de la tentación suelen arreciar a medida que se cimientan las virtudes, prosigue la Escritura: "*Y harás trincheras, y sentarás un campamento contra ella, y colocarás arietes alrededor de sus muros*". Construye trincheras el predicador, cuando descubre el peligro de las tentaciones que redoblan sus asaltos y sienta un campamento contra la ciudad de Jerusalén, cuando anuncia las innumerables asechanzas que el astuto enemigo de las almas tiende en torno de sus buenos propósitos; y coloca arietes alrededor de ella, cuando les advierte de los dardos de tentación que les asesta el mundo y que tratan de derribar el muro de la virtud.

Pero, por más que el director de almas trate de inculcar en los fieles estas verdades muy por menudo, si no arremete con espíritu de celo contra los pecados de los individuos en particular, está expuesto a la condenación eterna. Por eso añade a este propósito la Sagrada Escritura: "*Y tú toma una sartén o plancha de hierro y la pondrás, cual si fuera un muro de hierro, entre ti y la ciudad*". Entiéndese aquí por la sartén, los desvelos y resquemores del alma del pastor, y por el hierro, la severidad de sus reprensiones.

¿Qué puede haber que tan ardientemente resqueme y abraza el alma del director de almas, como el celo por la causa de Dios? Y así San Pablo, que se abrasaba en los ardores de esta sartén, decía: "*¿Quién enferma que no enferme yo? ¿quién padece escándalo que yo no me requeme?*" (2 Co 11, 29) Y con el fin de que los que se abrasan en el celo por Dios, no lleguen a condenarse por su negligencia, se les ofrece una indestructible defensa, con estas palabras: "*Y la pondrás como muralla de hierro entre ti y la ciudad*". Y coloca el Profeta una plancha de hierro como muro entre él y la ciudad, para significar que el mismo celo y fortaleza que manifiestan ahora los pastores en la predicación, ha de servirles más tarde como muro de protección entre ellos y sus oyentes, cuando si ahora son remisos en la corrección, quedarían desarmados para el día del juicio y del castigo.

Pero al mismo tiempo es preciso advertir cuán difícil es que, al inflamarse el ánimo del pastor para reprender, no se exceda alguna vez en palabras que no debiera emplear; pues sucede a menudo que, si el superior corrige las faltas de los súbditos con demasiado ardor, lleva sus expresiones a extremos inconvenientes, y ya se sabe que, cuando la reprensión degenera en invectiva, el corazón de los culpables se abate y desespera.

Por tanto es menester que, si conoce el pastor que, en un momento de exaltación, ha herido el alma de sus súbditos con palabras descompuestas, entre luego dentro de sí mismo y apele a la penitencia y alcance con sus gemidos el perdón de aquel Dios por cuyo honor, en un exceso de celo, ha pecado.

Recurso que en figura recomienda el Señor a Moisés cuando le dice: *"Si alguien saliera de buena fe con su amigo al bosque a cortar leña y, al mismo tiempo de cortarla, se le fuera el hacha de la mano y, saltando el hierro del mango, hiriese y matase a su amigo, éste talse refugiará en una de las sobredichas ciudades y salvará la vida, no sea que, arrebatado de dolor algún pariente de Aquél cuya sangre fue derramada, le persiga y prenda y le quite la vida"* (Dt 19, 4,5).

Vamos al bosque con un amigo cada vez que nos proponemos conocer los pecados de nuestros súbditos; y cortamos leña de buena fe al querer cercenar con buena intención los defectos del prójimo: Pero se nos va el hacha de la mano siempre que nos propasamos en la corrección más de lo debido; se salta el hierro del mango, si las expresiones duras van más allá de la reprensión, y se hiere y mata al amigo, cuando por medio de las injurias proferidas se destruye en el oyente el espíritu de caridad: pues si una reprensión desmedida hiere el alma del culpable más de lo justo, se produce en él un odio repentino.

Pero si el que está cortando leña mata a su prójimo sin quererlo, es preciso que busque asilo en una de las tres ciudades del refugio, y allí, protegido, salve su vida; así no será reputado como reo del homicidio cometido, si recurriendo a los gemidos de la penitencia, busca amparo en la unidad del sacramento bajo la protección de la esperanza y de la caridad: Y el pariente del muerto, aunque llegue a encontrarlo, no le matará, y así, cuando venga el severo Juez que se hizo hermano nuestro por la unión con la naturaleza humana, no pedirá cuenta del crimen cometido al pastor a quien tienen bajo su protección y amparo, la fe, la esperanza y la caridad.

CAPÍTULO XI

Del tesón con que el Pastor debe dedicarse a la meditación de la Sagrada Escritura:

Todas las susodichas advertencias cumplirá debidamente el director de almas si, inspirado por el santo temor y amor de Dios, medita cada día y con tesón los preceptos de la Sagrada Escritura, a fin de que las palabras y divinos avisos restablezcan en él las fuerzas del celo y de las miras previsoras hacia la vida eterna, que el trato con las cosas humanas va amenguando incesantemente, y ya que el roce mundano le arrastra hacia las costumbres del hombre viejo, lo atraigan continuamente al amor de la patria del alma los sentimientos de compunción.

Con facilidad se derrama el corazón en medio del tráfago de las cosas humanas y sabiendo por experiencia que el tumulto de las ocupaciones exteriores lo trastorna, debe procurar rehacerse por el incesante estudio de la ciencia sagrada. Por esta razón San Pablo advertía a su discípulo Timoteo, al colocarlo a la cabeza de la grey, diciéndole: «*Entretanto que yo voy, aplícate a la lectura de las Escrituras Sagradas*» (1 Tm 4, 13). Y a David había dicho: «*Cuán amable me es tu Ley, ¡oh Señor!, todo el día es materia de mi meditación*» (Sal 108, 97).

Prescribió el Señor a Moisés la manera de llevar el Arca de la Alianza al decir: «*Harás cuatro anillos de oro que pondrás a las cuatro esquinas del Arca; harás también unas varas de madera de setim y las cubrirás igualmente de láminas de oro, y las meterás por los anillos que están en los lados del Arca y servirán para llevarla, las cuales estarán siempre metidas en los anillos y jamás se sacarán de ellos*» (Ex 25, 12).

¿Qué otra cosa significa el Arca de la Alianza sino la Iglesia de Dios? Manda el Señor que se le coloquen cuatro anillos de oro en sus cuatro esquinas, para dar a entender que, esparcida por las cuatro partes del mundo, aparece ceñida y ligada por los cuatro Evangelios. Mandó el Señor hacer cuatro varas de madera que se introdujeran en los anillos para llevarla; es decir, que han de elegirse maestros de espíritu esforzados y constantes, como madera incorruptible, los cuales, apegados siempre al estudio de los Sagrados Libros, proclamen la unidad de la Santa Iglesia y, como introducidos en los anillos, lleven el Arca.

El llevar el Arca en las varas equivale a llevar el conocimiento de la Santa Iglesia por medio de la predicación de buenos pastores, hasta las incultas almas de los infieles. Y mandaba el Señor que las varas estuvieran recubiertas de oro, para significar que al paso que deben resonar a los oídos de los demás con el ruido de la predicación, han de resplandecer ellos mismos con el brillo de una santa vida. Y no sin motivo se dice a continuación: «*Que estarán siempre metidas las varas en los anillos y nunca se sacarán de ellos*», porque, en efecto, es necesario que los que están consagrados al ministerio de la predicación no se aparten nunca del estudio de las Sagradas Letras.

Manda el Señor, además que las varas estén siempre metidas en los anillos, con el fin de que, cuando se ofrezca la ocasión de llevar el Arca, no se produzca ninguna demora en meter las varas; así también sería ignomioso para el pastor que, cuando los fieles le propongan para resolver algún negocio espiritual, tuviera entonces que aprender la cuestión que debe solucionar. Y por esto las varas estarán siempre sujetas a los anillos, que es como decir que los pastores, meditando continuamente en sus corazones los Libros Santos, han de cargar sin tardanza con el Arca teniendo prontas y a la mano las enseñanzas necesarias.

Por eso advierte con razón el primer pastor de la Iglesia a los demás pastores, diciendo: «*Estad siempre prontos a dar satisfacción a cualquiera que os pida razón de la esperanza en que vivís*» (1 P 3, 15). *Que es como si claramente dijera: «Para que no haya tardanza alguna al transportar el Arca, no han de separarse nunca las varas de setim de los anillos de oro».*